



Encuentro
**SENTIDOS DE LA EDUCACIÓN
Y LA CULTURA**
cultivar la humanidad

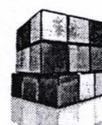
Por el humanismo en la educación

Ana María Machado

Brasil

Este documento no ha sido sometido a revisión editorial

© Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe.
Se prohíbe su reproducción total o parcial, sin previa autorización por escrito de la entidad. Contacto maviles@unesco.cl



No soy especialista en educación. Cuando recibí la invitación para participar en este encuentro, mi primera reacción fue afirmar lo anterior, con el objeto de evitar cualquier equivocación posible.

Nuevamente doy esta explicación al iniciar mi charla. Me explicaron que no había ningún error en la invitación y que yo no había sido llamada como educadora, sino como escritora, porque el objetivo era justamente realizar un encuentro multidisciplinario, sumar los aportes de experiencias diversas y comparar puntos de vista muy diferentes entre si.

De este modo, acepté y humildemente he traído algunos comentarios y reflexiones para compartir con este grupo. Sin ninguna pretensión de indicar caminos, sino sólo con la intención de poner en el tapete común los frutos de mis experiencias.

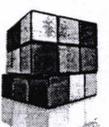
Como novelista y autora de libros infantiles, viajo bastante por el interior de Brasil –y también algo por otros países, especialmente de Latinoamérica– para visitar escuelas y conversar con alumnos y profesores. Algunas constantes me impresionan mucho en esos encuentros.

La primera de ellas es la situación de enorme desprestigio y abandono en que se encuentra actualmente el magisterio en mi país, que se traduce en los bajísimos sueldos y en sus pésimas condiciones de trabajo.

La segunda es la dedicación y la capacidad de improvisación e inventiva que los profesores han demostrado poseer, a pesar de ello –sumadas a la avidéz de nuevos conocimientos, al interés en saber más y en prepararse mejor. Un entusiasmo innegable y conmovedor por la profesión, a pesar de estar forzados a ejercerla en condiciones tan adversas.

La tercera constante es la dolorosa verificación de la mala preparación que presentan, en su mayoría, aquellos ciudadanos que se dedican a la docencia. Es asombroso cuán precaria y deficiente es en general su formación.

Reitero que me refiero a Brasil, y sé que esta situación varía enormemente entre un país y otro. Con toda seguridad, en Latinoamérica habrá países en que las cosas ocurren de manera similar y otros en que el escenario es completamente distinto. Incluso en Brasil, esta situación no es homogénea, y lo que afirmo puede ser refutado con diversos ejemplos en contrario. Es decir, mi diagnóstico debe relativizarse, como sucede con toda generalización. Hay burbujas de excelencia, existen casos individuales de mucho éxito, sin duda.



Pero sabemos que los bajos índices sistemáticamente logrados por estudiantes brasileños en exámenes internacionales recientes de evaluación del aprendizaje tienen mucho que ver con la baja calidad de los profesores. Estoy cierta de que, si dichos exámenes evaluaran la capacidad de enseñanza de los docentes y no el aprendizaje de los alumnos, tendríamos la confirmación cabal de ese hecho.

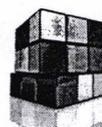
Como estas constantes que acabo de señalar no existen separadamente sino entrelazadas, el resultado es que constatamos a veces algunas situaciones sorprendentes e incluso paradójales. El antropólogo y educador Darcy Ribeiro acostumbraba decir que todo eso forma parte de la gran farsa nacional, en que el alumno finge que aprende y el profesor finge que enseña. Las reacciones a dicha opinión de Darcy Ribeiro siempre han sido intensas y apasionadas, tanto por parte de quien concuerda con vehemencia como por parte de quien se siente ofendido por la frase y la toma como una injuria personal. Pero ella tiene cierto sentido, excluidas las excepciones de costumbre y los peligros de la generalización.

Por lo consiguiente, puede intuirse también que la sociedad brasileña finge que forma profesores, pero en el fondo evita hacerlo de propósito, porque no pretende realmente darles la oportunidad de crecer. Por un lado, afirma retóricamente que la educación es importante, y, por otro, desacredita a los educadores despreciando su trabajo. Es decir, en realidad trata de mantenerlos mal preparados para justificar que sus sueldos sean tan bajos, ya que están impedidos de ser realmente profesores y de recibir la remuneración que un maestro merecería. No viene al caso discutir aquí los mecanismos que operan con eficiencia para impedir que dicha situación se modifique, ni los intereses que se sienten amenazados por la eventualidad de una transformación radical de ese esquema, que actúan para mantener el status quo:

Esta es una discusión política interna que la sociedad brasileña algún día deberá enfrentar y que nos obligará a examinar un complejo conjunto de razones diversas, que van desde causas históricas (como un sistema colonial que impidió la lectura y la edición de libros y periódicos, en un país donde la primera universidad fue fundada sólo en el siglo XX), hasta una tradición jurídica que incluye en la Constitución tal número de detalles y tan minuciosos que nacen de excelentes intenciones, pero que en realidad amarran con un apretado nudo a las instituciones y les impiden actuar como deberían.

Basta que les dé dos ejemplos:

Primero: según la Constitución, la enseñanza básica es una atribución de los municipios, la secundaria es de los estados y la superior es del gobierno federal. De este modo, el dinero del presupuesto federal, del Ministerio de Educación, tiene que ser canalizado a la universidad (la de Rio de Janeiro puede darse el lujo de tener un empleado administrativo por cada dos



alumnos, sin hablar de los profesores...) y se dejan de lado las escuelas donde niños y adolescentes deberían ser educados – como máximo, puede brindarse la merienda escolar, libros y transporte. Pero la prioridad en la educación, para el gobierno federal, tiene que ser otra, por obligación constitucional.

Otro ejemplo: hace algunos años, un gobernador de estado recién electo (Victor Buaiz, de Espíritu Santo) inició su mandato aumentando significativamente los sueldos de los profesores, según prometido en su campaña como candidato del Partido de los Trabajadores. Otros funcionarios públicos apelaron a los tribunales, garantizaron que se respetara cierta "isonomía" estipulada en la constitución, y lograron los mismos porcentajes de aumento.

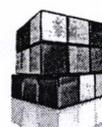
En pocos meses había policías millonarios, el estado quebró, no había dinero para pagarle a nadie, los profesores (y médicos) estuvieron casi un año en huelga, los alumnos se quedaron sin clases y sin aprender, el gobernador fue expulsado de su partido, perdió todo el apoyo de la opinión pública y terminó abandonando su carrera política. El país aprendió la lección de que en ese asunto no se debe inmiscuir.

Han sido sólo dos ejemplos, al pasar. No voy a entrar en esta discusión ahora. Solamente estoy formulando un diagnóstico de la situación concreta y real del magisterio en mi país. Los docentes ganan poco, no están bien preparados, no tienen perspectivas.

Como los propios profesores reconocen que no están bien preparados, acostumbran aprovechar cualquier oportunidad para actualizarse un poco. Los eventuales cursos o charlas que se les ofrezca atraen a multitudes: ellos participan, hacen preguntas, muestran su inquietud. Pero al mismo tiempo ocurre algo humano y comprensible en su manera de reaccionar: mientras más perciben la amplitud de lo que ignoran y la falta que ese conocimiento les hace, más se sienten amenazados e intentan negar dicha carencia. Una reacción muy natural en dichas circunstancias, más aún si consideramos que no se sienten valorados ni apoyados; al constatar sus deficiencias, ellos se sienten inseguros.

En ocasiones, se dedican cuidadosamente a seguir los nuevos modelos del modo en que los entienden, sin ningún cuestionamiento o crítica, como si se tratara de obedecer una receta culinaria o una fórmula química infalible, con dosis meticulosas de ingredientes diversos y ningún aporte propio. Se vuelven fanáticos defensores del modismo didáctico de moda, sin ninguna flexibilidad que les permita aceptar opiniones divergentes, ejerciendo un apostolado en favor de la última teoría pedagógica que han oído mencionar.

Otras veces, caen en el extremo opuesto y se refugian en su propio pasado, rechazando cualquier cosa diferente a su práctica habitual y menospreciando cualquier novedad. No pueden



admitir públicamente sus carencias intelectuales, desconfían de cambios e innovaciones, apuestan a la inercia, tienden a un conformismo repetitivo que es la propia negación del proceso educacional. O sea, la poca información que se les ofrece en esas oportunidades, por ser escasa e inadecuada, a menudo termina contribuyendo a impedir que mejore la calidad de la educación.

Hasta hace algunos años, las cifras referentes a la escolarización y alfabetización en Brasil eran absolutamente asustadoras. Mediante un enorme esfuerzo realizado en la última década, el país logró atender al 97% de sus niños en edad escolar –incluida la merienda escolar diaria, incluso también en período de vacaciones. A esto se suman proyectos de redistribución del ingreso que en contrapartida exigen a los padres mantener a sus hijos en la escuela.

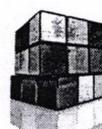
Más aún: creados en el gobierno anterior, pero con cierta continuidad en el actual, tenemos también grandes programas de entrega de libros didácticos que son récords mundiales y programas de bibliotecas escolares con millones de ejemplares de libros de lectura de muy buena calidad que se entregan anualmente. Las cifras son impresionantes. Es decir, el país busca darle atención a la educación, está invirtiendo en ella. ¿Pero qué educación? Esta es la discusión actual. Tras una gran mejora cuantitativa, se constata que ahora es indispensable darle atención a su calidad.

Como afirmó una alta funcionaria del Ministerio de Educación del actual gobierno, respecto de la conveniencia o no de proseguir con la entrega de libros de literatura a los niños de las escuelas públicas, no había duda de que los libros eran muy bien escogidos y de buena calidad, o de que la entrega se estaba llevando a cabo muy bien, con eficacia, logrando sus objetivos y llegando a las manos de niños de los más distantes rincones del país. Toda la duda se refiere, sin embargo, a la calidad de la lectura que dichos libros pueden encontrar en las manos de un lector potencial.

El diagnóstico tiene su razón de ser. Lo que ella no dijo, pero lo digo yo, es que tiene realmente razón de preocuparse – si llevamos en consideración que el profesor no lee, nunca ha leído, no tiene intimidad con el libro, le teme al libro. No es culpa de él. Es consecuencia de su “formación”, que es lejana a los libros. Cada vez más.

Llegamos entonces a lo que propongo discutir aquí –la importancia fundamental de la lectura en la formación del profesor. Sobretudo, de la lectura de la narrativa – Historia y Literatura. A Octavio Paz le gustaba decir que “La pluralidad de pasados hace plausible la pluralidad de futuros”.¹ Tal pluralidad sólo es conocida y asumida por el ciudadano por medio de la lectura.

¹ Citado por Ana Maria Monteiro, Nossa História, año I, número 5.



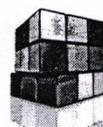
En especial, de narraciones literarias e históricas. Personalmente, estoy convencida de que, en nuestros tiempos, la democratización de la lectura de literatura es un paso indispensable para que una sociedad sea más justa. Y no creo que jamás podamos acercarnos a ello si no tenemos profesores lectores.

Algunas naciones resolvieron hace siglos el tema de la alfabetización y escolarización universal de todos sus habitantes. En dichos casos, se puede esperar hoy en día que la familia facilite la convivencia inicial del niño con el libro y le proporcione un ambiente lector que estimule su contacto con la palabra escrita. En los países donde eso no ha ocurrido, la escuela pasa a cargar también la responsabilidad de satisfacer esa necesidad y se transforma en la única esperanza de que aquella situación sea subsanada. No puede permanecer de brazos cruzados.

Vivimos en una época en que diversos otros medios compiten con el libro (o que a él se suman, como prefiero afirmar) en la transmisión de los conocimientos y en la adquisición de informaciones. Es bueno que así sea y es importante que la internet, la televisión, las películas, videos y DVDs estén presentes en las escuelas y hogares, abriendo ventanas y puertas a las nuevas generaciones. Pero justamente esos nuevos medios, tan útiles y bienvenidos, presentan también efectos colaterales muy fuertes, que necesitan ser equilibrados por influencias más estabilizadoras e integradoras, tales como las relaciones afectivas y la lectura de narrativa. El culto a la dispersión, a la fragmentación y a lo efímero son características de la cultura contemporánea, como es sabido. A ello se suma, como recuerda George Steiner, la hipertrofia de un lenguaje tecnológico y matemático –muchas veces utilizado sólo en sus aspectos superficiales– para crear la ilusión de que todo conocimiento es unívoco, que tiene siempre significados únicos y exactos, sin admitir discrepancias, argumentaciones contradictorias u opuestas, exposiciones lógicas. Separadamente, no es un ambiente cultural propicio para la lectura, la literatura, el arte en general.

Pero ni siquiera por eso los seres humanos han dejado de tener la necesidad de buscar alguna forma de unidad inteligible en su propia vida, alguna forma de sentido para lo que les sucede en su día a día, o en las relaciones entre aquellos acontecimientos y los recuerdos que guardan en su memoria o las expectativas que alimentan para el futuro. Para eso, es fundamental que la educación no se aleje del humanismo.

En la Academia Brasileña de Letras (de la cual formo parte) tuve el privilegio de convivir de cerca con Celso Furtado, uno de los más respetados economistas de Latinoamérica, gran elaborador del pensamiento de la CEPAL, profesor de la Sorbonne, nombre siempre recordado para un Premio Nobel. Algo que me impresionó mucho en nuestra convivencia fue la vehemencia con que él defendía la importancia del humanismo, el entusiasmo con que discutía poesía y literatura. El maestro de las teorías que estudiaron la dependencia y el desarrollo



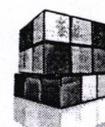
insistía en afirmar que las ciencias denominadas exactas no bastan para construir la justicia social y la democracia y que fuera del humanismo y de la literatura no hay esperanza. Se preocupaba mucho del hecho de que la educación actualmente está dejando de lado las humanidades, la literatura, la filosofía, la historia. Acostumbrábamos conversar sobre ello, lo que nos acercó mucho en aquellos últimos tiempos antes de su muerte, en noviembre de 2004, y hago cuestión de recordarlo aquí en ese sentido.

Recientemente encontré también algunas ideas instigadoras sobre educación en un artículo de alguien que debe haber nacido por lo menos medio siglo después de Celso Furtado – un muchacho que se llama Michel Lent Schwartzman y publica su opinión en un sitio web de internet llamado web insider. Brillantemente, él demuestra que las ideas poco creativas sobre educación tienen consecuencias graves y provocan un fuerte “impacto en el mundo en que hoy vivimos: un lugar prácticamente tomado por personas que fueron entrenadas para buscar empleo, pero no para crear empleos. Un mundo donde sobra gente buscando y falta gente que haga, invente, cree, fuera del formato tradicional que nos enseñaron en la escuela. Porque en la escuela aprendemos muchísimo sobre trigonometría, biología, afluentes del río Amazonas, pero no hay ni siquiera una clase sobre cómo constituir una empresa, posicionarse en el mercado, administración, nada. Enfrentando la realidad de hoy observamos: no hay empleo. Y lo que es peor, ni siquiera podemos culpar a la “crisis”. Porque con crisis o sin crisis, el modelo de funcionamiento del mundo está cambiando. Los sistemas se automatizan, la tecnología permite el trabajo descentralizado, relaciones a distancia, todo modular. Y lo peor, hay muchas más personas buscando empleo que inventando empleo. Cada vez más, cada uno debe ser dueño de su propio empleo, inventar su propio negocio, encontrar su único camino, comprender su función en la cadena de servicios y hacer que los demás perciban su relevancia en el sistema”.

Como otros de su generación, el autor elabora sus ideas a partir de la experiencia y de lecturas y produce contenidos para los multimedios, inventando cosas nuevas, formando equipos para trabajar en esa área, para contar historias, crear imágenes, inventar nuevos formatos. En suma, hizo lo que denomina “una máquina para fabricar sueldos”. Pero, para ello, tuvo que dejar atrás lo que le fue transmitido de forma tradicional en la escuela y tratar de buscar otros caminos.² Sabemos de ello porque él nos cuenta su experiencia. Y la narra bien, de modo de hacerla convincente y así sustentar su argumentación.

Un relato siempre es una búsqueda de sentido. Narrar no es sólo hacer una enumeración lineal y puntual de sucesos triviales. Preparar una historia para que sea narrada implica eliminar los incidentes irrelevantes, jerarquizar los hechos escogidos, ordenarlos de una manera coherente

² Además de www.webinsider.com, otros sitios muy interesantes también son los de www.tecnopop.com, y www.nominimo.com, todos con artículos inteligentes y estimulantes.



que destaque su conducción en determinada dirección. Es decir, ordenar un caos formado por infinitos fragmentos, hacer convivir elementos heterogéneos de manera de extraer de ellos una cohesión, concebir un marco temporal para todo ello, y dar a hechos particulares una resonancia que les permita adquirir un significado mayor, que pueda ser captado por otros seres humanos. Por eso, una buena narrativa, bien preparada, bien formulada, bien escrita, de aquellas que la literatura guarda, muchas veces constituye una iluminación súbita, una revelación.

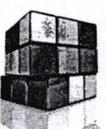
Hay un episodio bellísimo en la Odisea, que Hannah Arendt recuerda³ y merece evocarse aquí para ilustrar estos comentarios. En su largo viaje de vuelta a Ítaca, lleno de peripecias, Ulises llega a Feacia donde es muy bien recibido por el rey Alcino, que, sin conocer su identidad, lo acoge en un banquete con todos los honores que la hospitalidad griega reservaba a los viajeros. Al final de la cena, el aedo Demódoco empieza a cantar las famosas gestas de los grandes héroes, entre ellas un poema que cuenta, justamente, el episodio de la vida de Ulises en que él tuvo una terrible discusión con Aquiles. Escuchando el canto, Ulises se cubre el rostro y empieza a llorar, como no había llorado en el momento en que el episodio ocurrió, ni cuando lo recordaba posteriormente. Sólo al escucharlo cantado, en la forma en que el aedo le dio, pudo percibir que aquella disputa entre los dos más valientes de los aqueos había henchido de placer a Agamenón, al ocasionar el cumplimiento de una profecía que oyera del oráculo de Apolo. O sea, solamente cuando el episodio se transformó en relato, su significado se hizo presente en la conciencia del héroe – y ello lo llevó a las lágrimas, avergonzado y arrepentido, se cubrió la cabeza con su manto, gimiendo y sollozando.

El rescate de este ejemplo lo debo al excelente estudio que el chileno Jorge Peña Vial hizo sobre la importancia de la narración, titulado *La Poética del Tiempo (ética y estética de la narración)*.⁴ Yo estaba casi terminando de escribir esta charla cuando empecé a leer ese libro, que un amigo me había regalado. Y tuve justamente la sensación de una bella sincronización, en uno de aquellos momentos de encuentro que la lectura nos brinda. Abrí un espacio en mi texto para incluir algunos aportes del libro, además de las coincidencias de mi diálogo constante con autores como Steiner y Arendt, ambos de mi especial predilección, como saben los que acostumbran leer mis textos teóricos.

El hombre es un animal que cuenta historias. Algunos filósofos lo definen de esa manera. Pero además de una visión filosófica, también los más avanzados estudiosos del cerebro, como Steven Pinkert, del M.I.T., señalan esa característica humana, resaltando que el ser humano tiene un cerebro biológicamente programado para el uso narrativo del lenguaje, como la araña

³ En *The life of the mind*, Secker & Warburg, London, 1978

⁴ Editorial Universitaria, Serie Reflexión, Santiago de Chile, 2002.



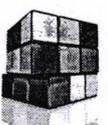
está programada para tejer su tela a partir del uso geométrico de su secreción que se endurece con el contacto del aire.

En términos individuales, Freud y el psicoanálisis nos han demostrado el intenso poder de la narrativa para llevar a las personas hacia el autoconocimiento y disminuir su sufrimiento. Al contar y recontar su propia historia, el individuo va ordenando su caos interior y construyendo una estructura de referencias y sentido, de modo de comprenderse a sí mismo y poder vivir mejor. Al leer y releer historias ajenas, amplía su universo de experiencias, entiende mejor la naturaleza humana, se abre hacia un territorio más allá de los límites de su vida, incorpora a su conciencia distintos niveles de realidad.

Leer una narración es un ejercicio permanente de examinar posibles alternativas, de intentar percibir sutiles indicios y no dejarse ilusionar por pistas falsas, de desechar impertinencias, de identificar eventuales aliados o adversarios, de reconocer obstáculos y procurar salvarlos, de proyectar salidas viables, de sopesar bien todas las circunstancias que pueden modificar una acción. Para ello, es necesario tener siempre en mente lo que ya se leyó antes, ir llegando a algunas opiniones sobre la psicología de los personajes, tener una determinada imagen espacial del escenario donde se desenvuelve la trama, prestar atención a las coordinadas temporales y a cuestiones de simultaneidad y sucesividad, evaluar la probabilidad de relaciones de causalidad, observar el sentido general en el cual se desarrolla la acción. En una buena narración, todo importa, ya que lo que confiere calidad artística a un relato tiene que ver con su carácter configurador, con la capacidad de dar conexión a elementos dispersos, de ordenar la búsqueda de sentido – la "síntesis de lo heterogéneo", de que hablaba Paul Ricoeur.

Un lector acostumbrado a leer buenas narraciones va haciendo eso naturalmente, como el adulto que camina de un lugar a otro, sin conciencia de todos los músculos que sus movimientos tienen que movilizar. Y, a medida en que agrega nuevas experiencias a su acervo de lector de relatos, también se va capacitando para ejercer esas habilidades en su vida cotidiana, pues está cada vez más apto a no dejarse ilusionar, a desconfiar de las incoherencias, a distinguir la lógica de las posibilidades que se le abren por delante. Está en condiciones de transformarse en un ciudadano políticamente más preparado, que se defiende mejor de discursos vacíos o engañosos, y escoja mejor entre las alternativas que por ventura le ofrezcan.

Del punto de vista psicológico, la lectura de narrativa despierta también poderosos mecanismos de identificación con algunos personajes, con los cuales el lector siente tener (o le gustaría sentir) determinadas afinidades, al mismo tiempo que desarrolla también otros mecanismos igualmente fuertes de proyección en otros personajes en que se ve capaz de canalizar algunos de sus lados sombríos o temidos. Una buena narración presenta oportunidades de contacto con



todos ellos –protagonistas, antagonistas, coadyuvantes, transformistas, monstruos, padres buenos y malos, madres buenas y malas, confidentes, rivales– entre danzas y contradanzas de deseos y de miedos.

Finalmente, como el novelista Italo Calvino afirmó con especial acierto, un escritor escribe para un lado y para el otro ⁵. Eso es lo que permite otra cosa esencial que otro italiano, Humberto Ecco, definió tan bien:

“Esa es la función consoladora de la narrativa – la razón por la cual las personas cuentan historias y han contado historias desde el comienzo de los tiempos. Y siempre fue la función suprema del mito: encontrar una forma en el caos de la experiencia humana”.⁶

En términos colectivos, es la rememoración narrativa la que forja un pueblo y le confiere un patrimonio cultural y ético. He insistido mucho en este punto en varios de mis ensayos, defendiendo el derecho que tiene todo ciudadano a la lectura de literatura (y al conocimiento de la Historia, por ende), y siempre acentuando la importancia de la democratización de la lectura literaria. Ambas (Literatura e Historia) llevan a comprender mejor la realidad y la condición humana.

Una sociedad que se quiere justa tiene que brindar a todos la oportunidad de acceso al arte de la palabra, fomentar el encuentro con el libro, ofrecer a cada individuo la oportunidad de descubrir lo que la poesía y la narrativa pueden revelarles. Los libros que nos ofrecen todo eso constituyen una valiosa herencia del ciudadano, él tiene derecho a ella y una sociedad democrática tiene el deber de crear las condiciones que garantice a todos ese derecho.

La educación tiene la obligación de dar a cada alumno las herramientas necesarias para que éste pueda aprovechar lo que dicho universo le ofrece. Ortega y Gasset señaló:

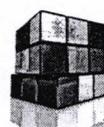
“Frente a la razón físico-matemática hay, pues, una razón narrativa. Para comprender algo humano, personal y colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así porque antes hizo tal otra y fue de tal otro modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica”.⁷

Por un lado, la Historia nos muestra cómo cosas que le parecen caóticas y confusas a un individuo, en el momento en que ocurren, en realidad forman parte de un todo. Adquieren sentido cuando se narran con imaginación constructiva disciplinada, en un discurso que les da coherencia y las ordena en una imagen comprensible. Por otro lado, la ficción nos permite vivir una multiplicidad de vidas y de experiencias diversas, entender las emociones y razones ajenas,

⁵ *The Uses of Literature*, Harcourt Brace, San Diego, 1986.

⁶ *Seis Passeios pelos Bosques da Ficção*, Companhia das letras, São Paulo, 1994.

⁷ *La historia como sistema*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1975, citado por Peña Vial, *op.cit.*



y así ilumina nuestra propia realidad. Necesitamos ambas formas de narrativa, Historia y Literatura.

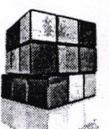
Las narraciones guardan la memoria, construyen la tradición, transmiten sabiduría –que es mucho más que sólo información y conocimiento. Constituyen una barrera contra el olvido. Y dejar que se instale el olvido, en términos humanos, equivale a privar la vida de una dimensión: la profundidad –como ha mostrado Hanna Arendt a lo largo de su obra, sobretodo cuando abordó el tema del mal. En los diversos textos que dedicó al análisis del nazismo y sus atrocidades, ella insistió en la importancia de que se narre lo que sucedió y de que se lean narraciones en general, históricas y literarias, para aprender a percibir el significado de aquello que, sin eso, seguiría siendo solamente una secuencia insoportable de acontecimientos. En su apasionada defensa de la narrativa, examina de cerca varios textos literarios (como cuentos de Karen Blixen, por ejemplo) y llega a afirmar que los caminos más importantes para preservar la memoria, impedir el olvido y llegar a la verdad están en las manos de los periodistas, de los historiadores y de los poetas y escritores. Sólo así la humanidad puede juzgar y condenar el mal. “Ninguna filosofía, análisis o aforismo, por profundo que sea, puede compararse en intensidad y riqueza de significado con una historia bien narrada”, dice. 8

Y aquí ya estamos entrando a otro aspecto fundamental de las narraciones, el rol esencial que ellas desempeñan. El punto donde se encuentran la filosofía y la literatura, según Italo Calvino – el terreno común de la ética. Una historia contada de forma coherente posee una veracidad que nos hace amar y desear la verdad, buscarla más allá del propio texto, nos despierta para evaluar lo que se está contando desde el punto de vista del otro, que protagoniza la escena. Así, se nos conduce a reflexionar sobre el bien y el mal, en un proceso que no puede ni debe confundirse con una simple reducción al maniqueísmo. En realidad, una narración nos convida a un juicio. En otras palabras, nos instala en el pleno territorio de la ética, llevándonos a buscar formar nuestros propios juicios de valor. Ello se hace más importante aún en una época como la que vivimos, ya que estos tiempos post modernos, como bien resume Peña Vial en su estudio, se caracterizan por la supresión de cualquier totalidad, por la ausencia de valores centrales y por la desarticulación de la identidad. Más que nunca, la literatura tiene un rol por desempeñar dentro de ese marco. Un papel integrador.

Además, por ser un arte, la literatura acaba participando también en otra función. Hay un interesante estudio de Elaine Scarry, sobre las relaciones entre la estética y la ética.⁹ La autora, profesora de estética de la Universidad de Harvard, postula que la convivencia con lo bello renueva constantemente nuestra búsqueda de la verdad y nos empuja en dirección a una preocupación cada vez mayor por la justicia. Destaca que el desarrollo de la percepción de

⁸ *Men in Dark Times*, Harcourt Brace Jovanovich, New York, s/d.

⁹ *On Beauty and Being Just*, Princeton University Press, New Jersey, 1999.



simetría y armonía nos lleva a buscar una distribución equilibrada, que la intensidad del maravillarse por la belleza tiende a ser expansiva, llevando a la persona a querer compartir sus sensaciones con los demás (ya sea hablando sobre la obra, recomendándola, criticándola o queriendo crear también). Y, más importante aún, muestra cómo la sutileza perceptiva que se desarrolla en la convivencia con el arte agudiza los sentidos y ayuda a aumentar la sensibilidad para afirmar la vida, detectar la injusticia, matizar la conciencia e incitar a la acción. Textualmente, afirma que "la propia maleabilidad o elasticidad de la belleza – que nos hace avanzar y retroceder, exigiendo que domemos un terreno totalmente nuevo, pero también que nos obliga a tener como referencia el terreno que acabamos de dejar y otros mucho más antiguos – es un modelo para el rol que desempeña la educación al plasmar la conciencia".

Menciono todo esto para defender mi convicción de que necesitamos urgentemente preservar un espacio para el humanismo en la educación. Y, para ello, es imprescindible que los niños y jóvenes tengan profesores que lean narrativa de calidad. No basta seguir una historia en los capítulos diarios de la novela que presenta la televisión, o acompañar las peripecias de la vida amorosa de las celebridades del día en las revistas ilustradas. Tampoco se debe pensar que una charla ocasional sobre la importancia de la lectura tendrá un efecto duradero y transformador.

Lo que nuestros docentes necesitan –por sí mismos y como educadores, multiplicadores de oportunidades– es convivir con las artes, incluso el de la palabra. No se le enseña a nadie a amar los buenos libros, la literatura, el arte en general. Amar es un verbo distinto al verbo comprar: no admite el imperativo. La forma gramatical existe, pero no funciona. La publicidad que nos rodea puede incentivar las ventas repitiendo: use, compre, sea como los demás, siga la moda. Pero no puede decir: ame. Esta no es una orden que se pueda obedecer, incluso deseándolo.

Entonces, para acercar a los profesores a los buenos libros, no es sólo decirles que les debe gustar la literatura. Lo que sí se puede y debe hacerse es facilitarles la convivencia con el arte, tanto en la formación de los futuros docentes como durante su vida profesional. Darles las condiciones para que, poco a poco, se desarrolle la sensibilidad del profesor, ayudándolo a sumergirse en un universo pleno de oportunidades de contacto con el arte –por medio de la buena música, exposiciones de artes visuales, obras de teatro, exhibición de buenas películas, lectura y discusión de textos de calidad. En términos prácticos, esto se puede hacer inicialmente con un programa guiado, constante, continuo, que permita que paulatinamente la persona empiece a descubrir sus propias preferencias y a conocer los lugares donde eventualmente podrá satisfacerlas. Posteriormente, llega el momento de facilitarle el acceso a esas obras, para que ella pueda seguir su camino por sí misma, volar sola, buscando sus afinidades, respetando sus rechazos.



El gobierno del estado de Paraná, en Brasil, intentó algo en ese sentido hace algunos años, pero de forma episódica, sin constancia ni continuidad. Incluso así, tuvo resultados conmovedores y probó que es posible buscar alguna cosa por esos caminos. Actualmente, conozco un proyecto que acaba de ser aprobado por una gran empresa brasileña para iniciar este año en Rio de Janeiro un plan piloto de esa naturaleza. El programa prevé la concesión de becas de estudio a profesores de escuelas públicas, de cursos de quinto a octavo años, para que se reúnan en encuentros quincenales, todos los sábados, durante un año, dirigidos por un equipo calificado. Estoy feliz por formar parte del equipo de trabajo que formuló este proyecto, por nuestra apuesta en el poder transformador del arte y en la capacidad multiplicadora del profesor.

Me parece que se trata de una alternativa que vale la pena intentar, resaltando que le damos valor al humanismo, creemos en la inquietud del espíritu humano, y consideramos que todos tenemos mucho por ganar por medio del contacto con la pluralidad del saber y de las experiencias de nuestros antepasados y nuestros hermanos.

Las obras literarias nos convidan a un ejercicio de libertad de interpretación y de respeto por las diferencias. Nos plantean para el futuro el desafío de tomar el camino de un discurso que ofrece planes de lectura, en un lenguaje rico en potencialidades inesperadas, lleno de ambigüedades. Como la vida.

En un mundo en que cada vez más se comprende cuán equivocado es tener la ilusión de una educación que entregue respuestas hechas, el contacto con el arte en general (y con las narraciones históricas y de ficción, en particular) nos obliga a lidiar con la falta de certezas, nos recuerda que no existe sólo un significado único para las cosas y nos despierta a la elaboración de nuestras propias ideas. Puede ser una herramienta valiosa para la consolidación de la conciencia colectiva y para la formulación de nuevas preguntas individuales, en nuestra eterna búsqueda de algún sentido que pueda transformar nuestro dolor o nuestra perplejidad en una esperanza de un futuro mejor.

